

## La vía láctea

Cuando Orihime nació, Hera recordó aquel deseo que había pedido a las estrellas 10 meses atrás. Mientras Orihime agarraba su dedo y se enganchaba a su pecho, una gota cayó por la mejilla de Hera y su pecho también empezó a gotear. Era ese líquido mágico y especial del que tanto le habían hablado, del que tanto había leído.

Los meses pasaron y Orihime crecía fuerte y feliz, la miraba con sus ojos brillantes y Hera no necesitaba nada más. Un día mientras se perdía en sus ojos, en una de las infinitas veces en las que la amamantaba, pensó en otros ojos, tal vez más pequeños, pero igual de brillantes, unos ojos que nunca había visto, pero que imaginaba, y que tanto le recordaban a la estrella Altair, sus párpados empezaron a pesarle, la vuelta al trabajo había sido muy dura y se durmió con Orihime en sus brazos.

Al despertar, la historia de las estrellas Vega y Altair estaba en su mente, estas estrellas, habían vivido una historia de amor en el pasado, Vega era la tejedora del cielo, y Altair era el encargado de cuidar a las otras estrellas, cuando se enamoraron ambos se centraron tanto en su amor, que descuidaron sus tareas. Vega dejó de tejer para Tenkou, su padre, y Altair permitió a las estrellas esparcirse por todo el cielo, Tenkou, rey del cielo y padre de Vega, los condenó a estar separados por la vía láctea.

Vega lloró tanto, que su padre se conmovió y permitió que se encontraran una noche al año en la que serían libres para conectar y ser felices.

A pesar del cansancio y de todas las tareas que no había podido tachar de su lista esa tarde, Hera no podía dejar de pensar en esa historia y supo que ella podía formar parte de una historia de amor, una diferente a la de las estrellas, una en la que ella no estaría presente, pero su leche sí.

Con la vuelta al trabajo, el congelador estaba lleno de leche, y a Orihime no le gustaba otro envase que no fuera su pecho. A pesar de todo el sacrificio que había hecho para conseguir su banco de leche, ahora no podía hacer nada con ella. Pensó que tal vez alguien más pudiera aprovecharla, buscó y encontró un teléfono, rápidamente se puso en contacto, no podía donar la leche de su congelador, pero sí podía hacerse donante.

Fue así, como empezó a formar parte de esa vía láctea tan especial, esa que conecta a tantas estrellas con ojos brillantes y sonrisas traviesas. Esa vía láctea con mil historias de amor diferentes, que tienen mucho en común.